

El cartero del rey

— Rabindranath Tagore

Personajes

Madav.

Amal: hijo adoptivo de Madav.

Sada: niña que vende flores.

El médico.

El lechero.

El guarda.

El viejo.

El jefe de la aldea: un fanfarrón.

El heraldo del rey.

El médico real.

Chiquillos de la aldea.

(En casa de Madav) .

Acto primero

Escena primera

(Madav y el médico)

Madav.- ...¡Yo no sé qué es esto!

Antes de venir él, todo me era lo mismo, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que ha venido, Dios sabe de dónde, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va... (Al médico). ¿Tú crees?...

El médico.- Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero, por lo que los libros dicen, me parece...

Madav.- ¡Ay, cielo santo, qué...!

El médico.- Bien claro lo dicen:

"Humor bilioso o parálisis ajitante *, resfriado o gota, todo empieza lo mismo..."

Madav.- ¡Déjame en paz con los libros, hombre! Con tanta y tanta cosa, no consigues sino preocuparme más. Lo que quiero que me digas es lo que se puede hacer...

El médico (tomando rapé).- Pues sí; el enfermo necesita el más escrupuloso cuidado...

Madav.- Eso ya lo sé yo... Pero dime qué hago...

El médico.- Ya te lo tengo dicho:

que de ninguna manera se le deje salir de casa.

Madav.- ¡Pobre criatura! Tenerlo encerrado todo el día... Eso es demasiado...

El médico.- Pues no hay otro remedio. Este sol de otoño y esta humedad pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen los libros: "En ahoguidos, en desmayos, en temblor nervioso, en ictericia y en ojo de plomo..."

Madav.- ¡Hombre, por Dios, déjame ya de libros!... Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobrecillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?

El médico.- No, no; "viento y sol"...

Madav.- Pero ¡qué me importa a mí ahora que si esto o que si lo otro!... Vamos a dejarnos de tonterías. Al grano. Lo que tú dices es muy duro para la pobre criaturita...; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice... ¡Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que le has mandado!...

El médico.- Pues cuantos más visajes haga, mejor. Ya lo dice el sabio Chiavana: "Medicina y buenos consejos; lo que menos gusta es lo que mejor sienta..." Sí, sí... Y me voy corriendo, que tengo mucho que hacer... (Sale).

Escena segunda

(Madav y el viejo)

Madav.- (Al viejo, que entra).

...¡Bueno! Pero, ¿ahí estás tú, viejo maldito?

El viejo.- ¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

Madav.- Sí; pero es que eres el diablo; siempre les estás llenando de viento la cabeza a las criaturas...

El viejo.- Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa... ¿Qué más te da?

Madav.- Es que ahora tengo un niño...

El viejo.- ¡Un niño!... ¿De verdad?

¿Pues qué ha pasado?

Madav.- Tú recordarás que mi mujer estaba siempre con el capricho de que recojiéramos un niño...

El viejo.- Pero eso ya es muy antiguo; y además, que a ti no te hacía chispa de gracia...

Madav.- Tienes razón. ¡Tú no sabes lo que me ha costado juntar este dinerillo! Y que el hijo de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando... ¡No podía con eso!... ¡Pero este chiquillo se me ha metido en el corazón de una manera tan rara...!

El viejo.- ¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo en darle gusto al niño... ¡Y tan contentos de que se vaya!

Madav.- El dinero, antes era como un vicio para mí. Trabajaba por avaricia. Ahora, como sé que es

para este niño, que quiero tanto, ¡lo gano con una alegría...!

El viejo.- Bueno, bueno; y ¿dónde encontraste ese niño?

Madav.- Es hijo de un hombre que era hermano de leche de mi mujer. Su madre murió poco después de nacer él, y no hace mucho se quedó también sin padre...

El viejo.- ¡Pobrecillo! Así le hago yo más falta...

Madav.- El médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanza de que viva.

Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento del otoño y de este sol... ¡Pero tú eres el demonio!... ¡Cuidado con tu manía de irte por ahí, a tus años, con los chiquillos!

El viejo.- ¡Bendito Dios! ¿Conque tan malo como el viento y el sol del otoño, eh? ¡Pues también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa, amigo!... Esta tarde, cuando acabe el trabajo, me vendré por aquí a jugar con tu niño...

(Sale).

Escena tercera

(Madav y Amal)

Amal (entrando).- Tío; oye, tío...

Madav.- Amal, hijo, ¿eres tú?

Amal.- ¿No me dejas salir un poquito del patio?

Madav.- No, rey de mi corazón, no salgas...

Amal.- ¡Anda, un poquito nada más!... Voy con tita, a verla majar las lentejas. ¡Mira la ardilla, allí sentada con su rabo tieso; mira cómo coje con sus manitas las semillas y se las come!... ¿Voy de una carrera?

Madav.- No, vida mía, no...

Amal.- ¡Ojalá fuera yo una ardilla!

¡Iba a jugar más!... Tío, ¿por qué no me dejas ir donde yo quiera?

Madav.- Porque el médico dice que no es bueno para ti, hijo.

Amal.- ¿Y cómo lo sabe él, di?

Madav.- ¡Qué ocurrencias tienes!

¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan gordos que lee?

Amal.- ¿Y en los libros lo pone todo?

Madav.- Claro, ¿no sabes que sí?

Amal (suspirando).- Yo qué sé...

Como yo no leo libros...

Madav.- Pues para que lo sepas; los hombres sabios, que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa...

Amal.- ¿De veras? ¿Nunca?

Madav.- Nunca. ¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan, están dale que le das a los libros, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tú seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa, leyendo librotos. Y la jente que pase se quedará mirándote, y dirá: "¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla!"

Amal.- ¡No, tío, no; por tus queridos pies; no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero!...

Madav.- Pues mira, mira, mi suerte hubiera sido ser sabio...

Amal.- A mí me gustaría más ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

Madav.- ¡Tontón, ver! ¿Y qué quieres ver? ¡Vamos! ¿Qué es eso que tiene tanto que ver?

Amal.- Mira esa montaña que se divisa desde la ventana... ¡Algunas veces me dan unas ganas de irme corriendo por encima de ella!

Madav.- ¡Eres tonto! ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¿Y luego qué, vamos a ver?... ¡Tú estás loco, hijo! ¿No comprendes tú que si esa montaña está ahí de pie, como está, está para algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tanto pedrote? ¿A qué habrían hecho una cosa tan grande? Vamos hombre...

Amal.- ¿Tú crees, tío, que la han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta las manos hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentados, solos siempre, en su ventana, la ven llamar... Pero será que los que son sabios...

Madav.- ¡Te figurarás tú que los sabios no tienen que pensar más que en esas tonterías! ¡Tendrían que estar tan locos como tú!...

Amal.- Pues oye, ayer conocí a uno que está entonces tan loco como yo...

Madav.- ¡Dios santo! ¿De veras?

¿Quién?

Amal.- ...Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en las manos, y tenía puestas unas botas más viejas...

Iba, camino de los montes, por aquel prado que está allí... Y yo le grité: "¿Dónde vas?" Él contestó: "Qué sé yo, no sé, a cualquier parte..." Y yo le pregunté otra vez: "¿Por qué te vas?" Y me dijo:

"Voy a buscar trabajo..." Tío, di, ¿tú no tienes que buscar trabajo?

Madav.- ¡Claro que sí! Hay mucha jente que busca trabajo por ahí...

Amal.- ¡Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer...

Madav.- Pon que no encuentres nada.

¿Entonces?

Amal.- ¡Eso sí que sería divertido!

Pues entonces iría más lejos todavía... Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, despacio, despacio, con sus botas viejas... Cuando llegó a ese sitio por donde el arroyo pasa debajo de la higuera, se puso a lavarse los pies... Luego, sacó de su lío una poca de harina de grama, le echaba un chorrito de agua, y se la

comía... Luego, ató su lío y se lo cargó otra vez al hombro; se recojió el faldón hasta la rodilla, y pasó el arroyo... Ya le he dicho yo a tita que me tiene que dejar ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él...

Madav.- ¿Y qué te ha dicho tita?

Amal.- Me dijo: "Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo..." Di tú, ¿cuándo voy a ponerme bueno?

Madav.- Ya pronto, vida mía.

Amal.- ¡Qué bien! Entonces, en cuantito esté bueno otra vez, me iré, ¿verdad?

Madav.- Y ¿adónde quieres ir, di?

Amal.- No sé. Me iré andando, andando... Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Toda la jente estará dormida, con las puertas cerradas, porque hará ya mucho calor... Y yo seguiré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez...

Madav.- Bueno; pero creo que primero debes procurar ponerte bien, y después...

Amal.- Entonces, ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

Madav.- ¿Y qué te gustaría ser a ti, vamos a ver?

Amal.- Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré yo luego.

Madav.- Y mira: no quiero que llames a ningún desconocido ni que te pongas a hablar con todo el que pasa, ¿sabes?

Amal.- ¡Si a mí me gusta tanto hablar con ellos!

Madav.- ¿Y si te robaran?

Amal.- ¡Eso sí que me gustaría!

Pero no; nadie me lleva nunca; todos quieren que me quede siempre aquí...

Madav.- Tengo que irme a trabajar, hijo. ¿Verdad que tú no saldrás?

Amal.- No, tío, no saldré pero déjame estar en este cuarto que da al camino... (Sale Madav).

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

